

RÍO ADENTRO

TEXTO: Jonás Sainz Martínez
FOTOGRAFÍAS: Jorge Comi y Jonás
Sainz Martínez

Existe un lugar donde el río más humilde, quizás no sea el más hermoso, pero sí el más profundo. Como cualquier otro, el Jubera es muchos paisajes; también interiores. Y, aunque se seque en veranos cada vez más largos, se agosten sus valles y el otoño de la edad aceche los pueblos y sus montes queden solos en invierno, hay un lugar para el Jubera de primavera permanente. Es la memoria de sus gentes. De ella depende que su historia –o sus leyendas– no termine del todo perdida y siga fluyendo por sus venas.



San Martín de Jubera.

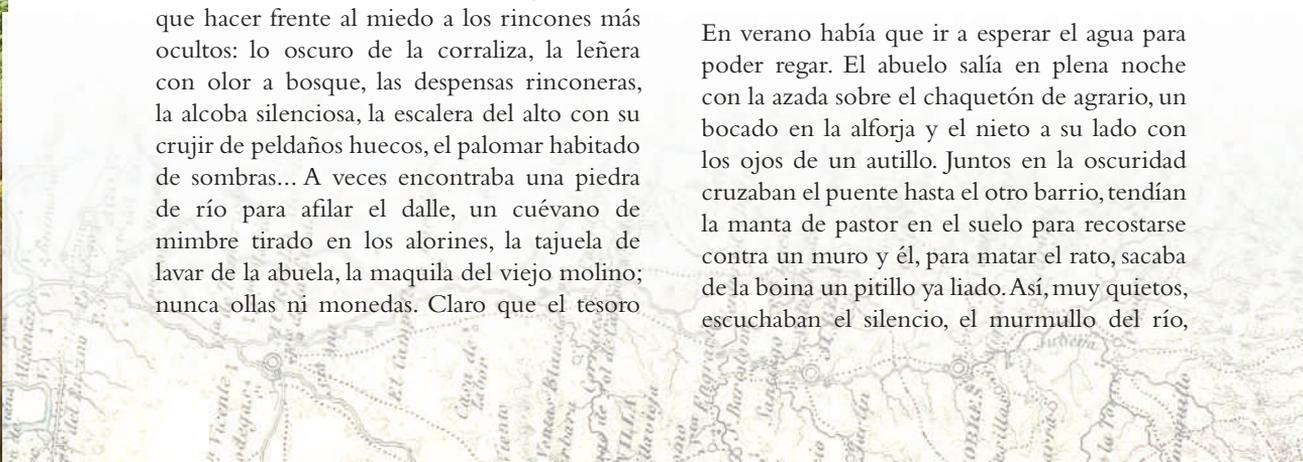
Como el labriego del cuento...

Como el labriego del cuento que convence a sus hijos para que labren los campos haciéndoles creer en un tesoro enterrado, el abuelo hablaba de una olla de oro escondida en algún lugar de la casa. Cuando el nieto la buscaba, desde las cuadras hasta el tejado, tenía que hacer frente al miedo a los rincones más ocultos: lo oscuro de la corraliza, la leñera con olor a bosque, las despensas rinconeras, la alcoba silenciosa, la escalera del alto con su crujir de peldaños huecos, el palomar habitado de sombras... A veces encontraba una piedra de río para afilar el dalle, un cuévano de mimbre tirado en los alorines, la tajuela de lavar de la abuela, la maquila del viejo molino; nunca ollas ni monedas. Claro que el tesoro

del cuento, fruto del trabajo, terminaba siendo la cosecha. Y quizás el de la casa fuera vencer el miedo.

Hoy, repasando aquellos mismos rincones, el miedo es aún mayor: el miedo es al olvido. Y no hay lugar a duda: el mejor tesoro que dejó el abuelo son los recuerdos de su tierra.

En verano había que ir a esperar el agua para poder regar. El abuelo salía en plena noche con la azada sobre el chaquetón de agrario, un bocado en la alforja y el nieto a su lado con los ojos de un autillo. Juntos en la oscuridad cruzaban el puente hasta el otro barrio, tendían la manta de pastor en el suelo para recostarse contra un muro y él, para matar el rato, sacaba de la boina un pitillo ya liado. Así, muy quietos, escuchaban el silencio, el murmullo del río,





Puente románico de Robres, bajo las ruinas del palacio y la iglesia de Santa María.

el coro de las ranas, la brisa entre los chopos. Desde el cielo las estrellas parecían observarles a ellos como si fueran tritones de regadío.

Iluminado por la brasa del cigarro calado en la pipa, el rostro del hombre parecía hecho del mismo barro de la acequia.

—Ponte un poco así por la cara y por las piernas

—le enseñaba él—; para los mosquitos.

—¿Por qué hay que esperar el agua, abuelo?

—preguntaba el niño mientras se untaba.

—Porque esa agua es libre y, si no estamos aquí cuando nos llegue el turno, se irá hasta el Ebro y ya no habrá manera de hacerla volver —le respondía dando una calada que dejaba adivinar media sonrisa dibujada en aquella máscara.

El Ebro entonces quedaba muy lejos, río abajo, en el valle, en la ciudad. Aquello era casi otro

mundo. Pero era cierto: el agua del río nunca volvía atrás. Hasta un mocoso sabía eso.

—¿Y nuestra agua de dónde viene, abuelo?

—insistía el crío.

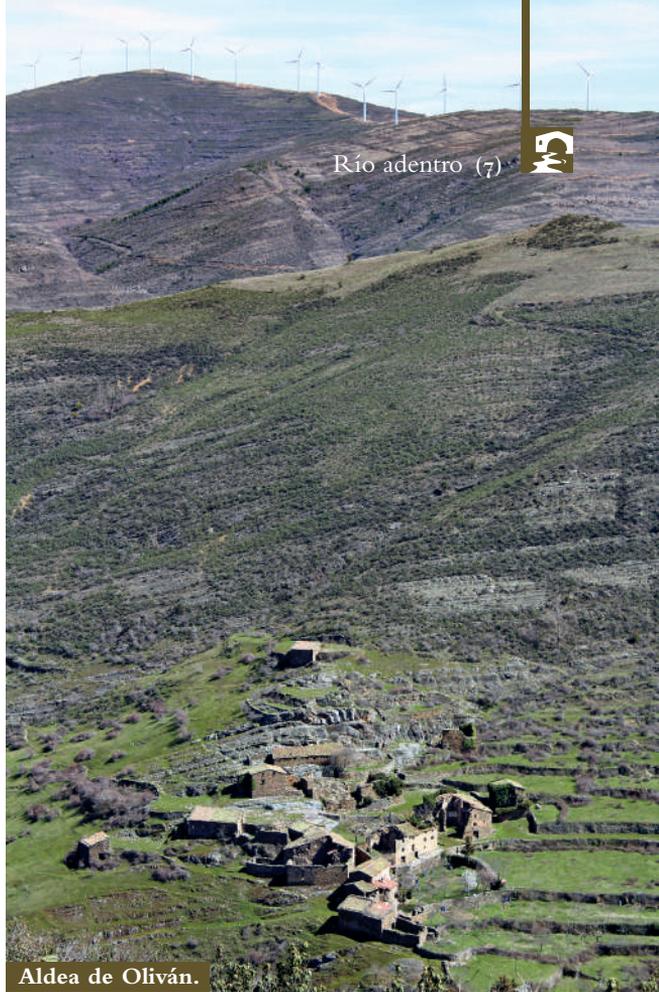
—¿No os lo enseñan en la escuela? —contestaba con tono misterioso —El agua viene de una cueva en el monte donde vive un monje que guarda la nieve que recoge en invierno. Un día subimos a verlo... si te atreves.

Si te atreves...

Todavía hoy, después de tantos años, hay que juntar valor para subir allí. Siempre da miedo adentrarse en el corazón de las tinieblas. Pero ahora es más por la nostalgia, por la pena. Todo cuanto queda son los restos de un naufragio tierra adentro. Un naufragio fluvial y serrano. El desastre del abandono rural que hundió toda una cultura popular en el olvido, áspero como el barro aquel que se iba secando sobre



Colmenar.



Río adentro (7)



Aldea de Oliván.

El Jubera nace en la ladera norte de la Atalaya, una montaña que apenas supera los mil quinientos metros de altitud, y el collado que forma con Peña Horcajada

la piel esperando el agua. El agua libre del río que baña la memoria.

Pero hay que subir allí para recordarlo. El Jubera, afluente del Leza y octavo de los siete valles de La Rioja, uno de los más exangües de esta tierra amada por los ríos, nace en la ladera norte de la Atalaya, una montaña que apenas supera los mil quinientos metros de altitud (1.513 m.), y el collado que forma con Peña Horcajada (1.333 m.). Con su aspecto de gigante vigilante, la Atalaya domina ese

territorio aislado donde la sierra del Camero Viejo da paso a La Hez, y el puzzle de términos municipales encaja como a martillazos lo más inhóspito de varias jurisdicciones: Hornillos, San Román y Soto por el lado camerano; Santa Engracia y Robres del Castillo por el más propiamente juberano; y Munilla, que pertenece ya a la cuenca del Cidacos, pero no aquí todavía.

Encajonado entre ambos macizos donde yacen de oeste a este los restos de las aldeas de La Monjía, Ribalmagullo y Oliván, el río gira luego hacia el norte para retorcerse entre Robres y Jubera, que se bautiza en él y le abre las puertas al valle después de las estrecheces del Tejedo (1.138 m.). De San Martín, Santa Engracia y Lagunilla le llegan por la margen izquierda tres de sus barrancos más nutridos y, por la derecha, Santa Lucía le hurta un



(8) en portada

par de ellos al vecino Valle de Ocón antes de desembocar en Murillo de Río Leza y ya junto a su hermano mayor, darse al padre Ebro en Agoncillo. La cuenca no alcanza cincuenta kilómetros de longitud. Y su caudal es aún más modesto.

Y cómo no iba a serlo; si hasta la cuenca del Iregua La Rioja occidental es de influencia atlántica, el clima de montaña peninsular de influencia mediterránea se impone justamente hasta el Leza y el Jubera. A partir de aquí y hacia levante todo es más seco, más árido y más áspero. Los nublados son menos lluvia y más tormenta y los ríos lo tienen difícil para mantenerse en la superficie durante buena parte del año. Pasan meses secos como cantarrales encharcados, hasta que llega una crecida que arranca bocados de esta tierra dura y pelada a base de siglos de deforestación y pastoreo y la arrastra muy lejos, dejándola más desnuda aún.

Al contrario que el Camero Nuevo, el Viejo a duras penas ha sido capaz de reverdecer mínimamente. Y a La Hez le ha ido aún peor. Quizás por humilde o por olvidada hay quien

Los Castellares.

Aquellos riojanos se vieron empujados a marchar y bajaron a la capital en busca de una nueva vida y mejores oportunidades para sus hijos

se ha empeñado en rebautizarla como las Alpujarras riojanas. Como en aquella serranía andaluza, se aterraron bancales en las laderas para intentar cultivarlos. O quizás sea porque su belleza también hay que saber buscarla. Ciertamente la tiene, pero, de puro agarrada al suelo, casi desapercibida.

Buscando río arriba, para encontrar las fuentes del Jubera, hay que subir hasta la aldea de Santa Marina (1.243 m.), un valioso reducto de resistentes serranos casi en el mismo cielo de La Rioja. En días despejados, desde su espectacular meseta se alcanza a ver La Demanda y Urbión e incluso el Moncayo y los Pirineos. Sus preciosas lagunillas estacionales entre pastos y estepas vierten indistintamente al norte formando el barranco de Santa





Lagunillas estacionales en la dehesa de Santa Marina.

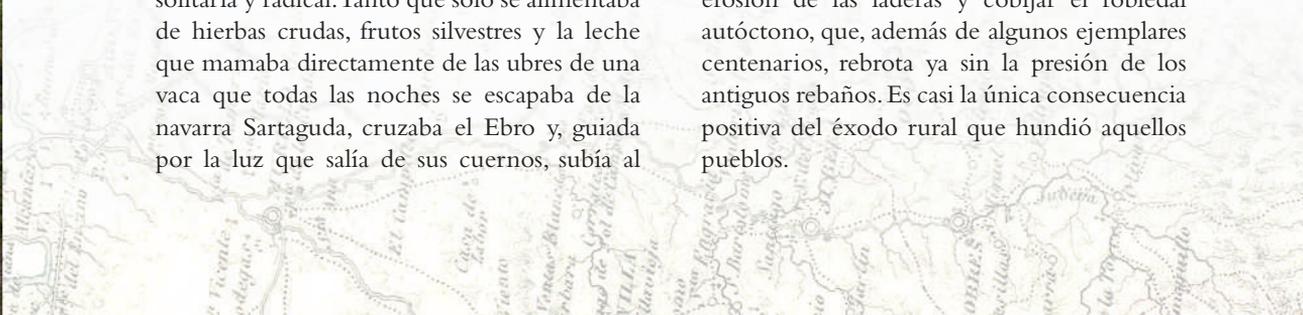
Engracia, y también al este y al sur, hacia la dehesa de La Monjía. Este collado (1.197 m.), entre Peña Horcajada y la Atalaya marca la divisoria de aguas con el Leza –Valdeosera y Tregujantes no quedan lejos, la gente de Hornillos conserva cerca su antigua nevera– y es, según mapas y lugareños, el nacimiento del Jubera.

Por fuerza tiene que ser el lugar del cuento del monje aquel del abuelo: entre la Atalaya y el vecino Nido Cuervo contaba que se refugió el anacoreta san Félix huyendo de los moros. Que vivió como eremita en una oquedad en la visera de una roca. Retirado, sin discípulos ni seguidores conocidos, su santidad fue ascética, solitaria y radical. Tanto que solo se alimentaba de hierbas crudas, frutos silvestres y la leche que mamaba directamente de las ubres de una vaca que todas las noches se escapaba de la navarra Sartaguda, cruzaba el Ebro y, guiada por la luz que salía de sus cuernos, subía al

monte para amamantar al santo en su cueva. Siglos después estos pagos pertenecieron al convento de Santa María la Real de Herce y quizás de ahí el nombre de La Monjía.

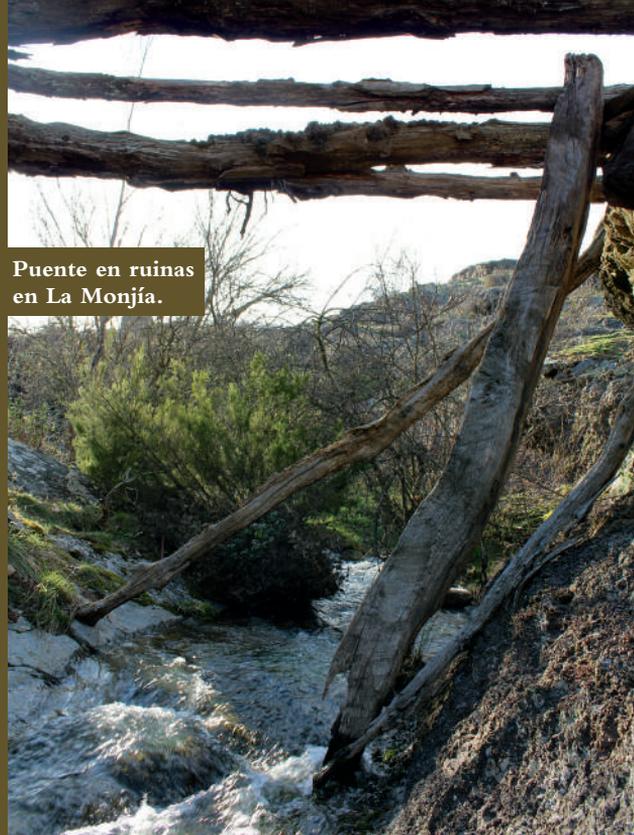
Recorrer ahora este vallecito suspendido en mitad de ninguna parte, dominado desde lo alto por la aldea de La Santa (1.170 m.) y hoy coronado por un parque eólico que se extiende desde Nido Cuervo (1.486 m.) hasta Cabizmonteros (1.389 m.) y más allá, hacia Ocón, es hacer un viaje en el tiempo y exponerse a extraviarse en la memoria.

Pinares de repoblación plantados hace medio siglo tratan a duras penas de contener la severa erosión de las laderas y cobijar el robledal autóctono, que, además de algunos ejemplares centenarios, rebrota ya sin la presión de los antiguos rebaños. Es casi la única consecuencia positiva del éxodo rural que hundió aquellos pueblos.





Empedrado
en San Martín.



Puente en ruinas
en La Monjía.

Entre bromas y veras...

Viendo sus montes pelados, el abuelo contaba, entre bromas y veras, que de los bosques que antiguamente los cubrían se sacó la madera para construir las carabelas de Colón y los navíos de la Armada Invencible y que de aquí salió también la leña para las fraguas vascas. Los historiadores, en cambio, afirman que fueron los propios serranos quienes los talaron haciendo sitio a los pastos para los provechosos rebaños y quemaron la madera para trabajar la lana en batanes y lavaderos. El bosque ya agonizaba al expirar la Mesta y el declive de la oveja y de la lana le dieron el golpe de gracia. El Alto Jubera, como el Camero Viejo, trató de orientarse hacia la agricultura de subsistencia: se quemaron bosques y se hicieron rozas para ampliar la tierra cultivable. Pero la lluvia escasa y a menudo violenta, lavando las laderas, hizo la tierra improductiva. Fue el fracaso agrario de estas tierras y fue su condena. No era un territorio fácil para nadie, a excepción de las cabras, que no necesitan grandes comodidades.

No hace tanto tiempo, menos de un siglo, todavía muchos riojanos vivían en pequeños

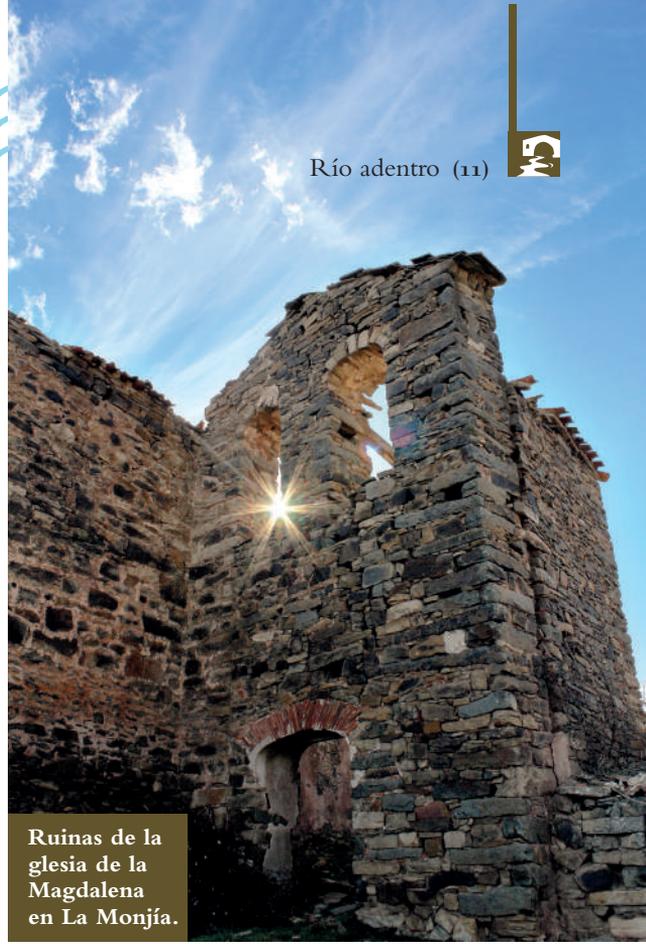
pueblos con recios nombres como Buzarra, Valtrujal o Dehesillas, hoy casi completamente perdidos. Subsistían trabajando duramente pequeños huertos, algunas piezas de secano, olivos y frutales, un corral con gallinas y conejos, un par de cerdos para hacer matanza por San Martín y una punta de cabras y de ovejas. Las vacas y las yeguas, que requieren del pastor menos cuidados, vendrían después. Pero a mediados del siglo pasado, el desarrollo empezaba a llegar al valle sin alcanzar la sierra y muchas de estas aldeas quedaron al margen de los avances y las comodidades que traían las nuevas vías de comunicación, la red eléctrica, el agua corriente, el teléfono, la televisión... Aquellos riojanos, como muchos otros españoles, se vieron empujados a marchar: empaclaron sus cosas, echaron la llave a la casa de sus antepasados y bajaron a la capital en busca de una nueva vida y mejores oportunidades para sus hijos. Y lo lograron, sí. Pero su pasado quedó atrás, varado en la nostalgia. Y el olvido pasó sobre él como una riada incontenible. A estos pueblos los anegó entonces una enfermedad muy mala: la soledad.



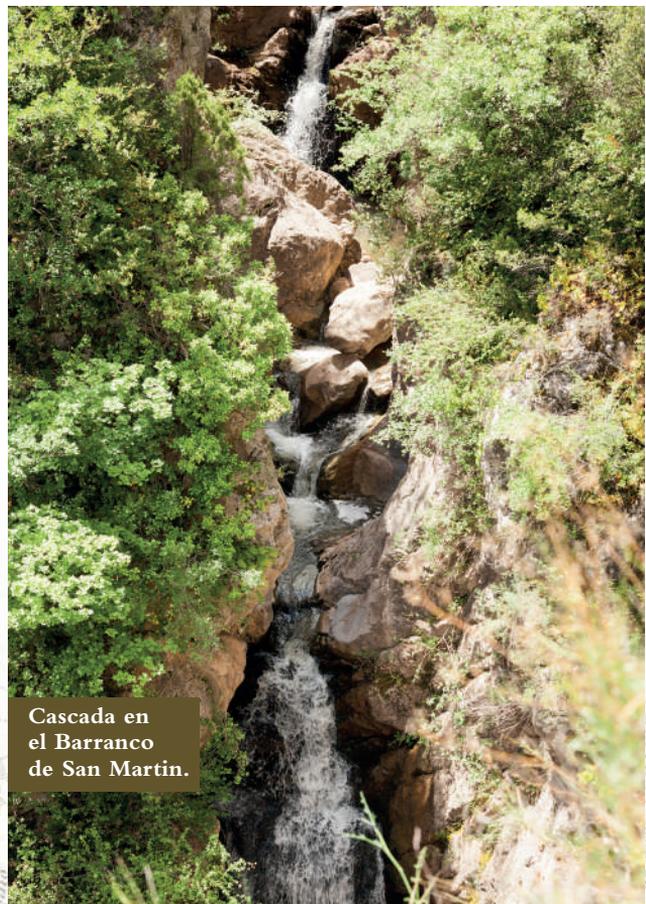
En La Monjía, lo poco que queda en pie de la iglesia de la Magdalena aún sigue mirando ponerse el sol por detrás de la Atalaya con las cuencas vacías de su espadaña. Del viejo puente de madera solo aguantan un par de travesaños podridos; los otros penden vencidos sobre el barranco. Entre los escombros de piedra, argamasa, adobe, madera y teja, con esa pesadumbre de camposanto que no debería ser profanado, las ortigas y las zarzas ahogan lo que fueron humildes casas serranas también en RibalmagUILlo. Y en Oliván, una hiedra leñosa parece sostener como si fueran extraños árboles-casa algunos edificios todavía no del todo derruidos. De la iglesia de San Sebastián, en cambio, apenas hay rastro y a la ermita del Rosario, algo alejada, no le quedan ya ni un par de inviernos.

Es la única aldea a la que no hay más acceso que un antiguo camino de herradura que remonta el barranco desde la carretera de Robres. Suficiente para el último mohicano de estas soledades, ocupado en mantener habitable la antigua casa de Pedro, arreglar aquí y allá lo que buenamente puede y decorar con un curioso color azul algunos rincones. Al señor Juan los caminantes que pasan por su puerta, que nunca son muchos, le dejan notas de agradecimiento en un cuaderno: “Para un hijo de esta tierra que parece un naufragio es esperanzador comprobar que aún quedan supervivientes. Que la sierra te sea leve”.

Como añorante del ayer, a su paso por tanta ruina silenciosa de aquel terremoto demográfico, va nutriéndose frugalmente el joven Jubera con lo poco o mucho que puedan tributarle los arroyos de la Presa, del Pozo, de Peña Grande, Fuentezosa y otros cuyos nombres podrían haberse perdido ya para siempre, lo mismo que se van perdiendo los caminos de herradura y las sendas de ganado a cambio de pistas forestales. Más adelante se suman los aportes del barranco del Sepulcro, de Buzarra, de Valtrujal o del de San Vicente, llamado del Hayedo, porque reúne los que vienen del bosque que conservan las cumbres y faldas de La Hez.



Ruinas de la iglesia de la Magdalena en La Monjía.



Cascada en el Barranco de San Martín.

Para los científicos, en cincuenta años toda la cuenca del Ebro ha perdido una quinta parte de su caudal porque apenas nieva en invierno, llueve menos todo el año, etc.

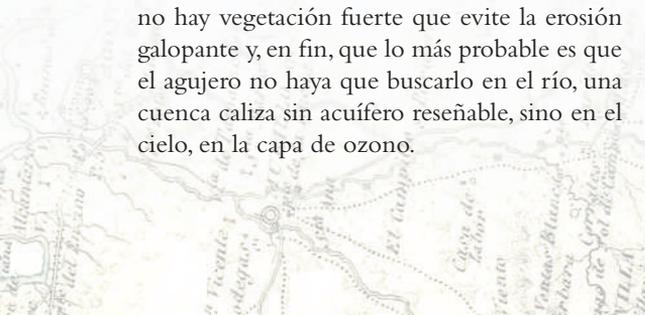
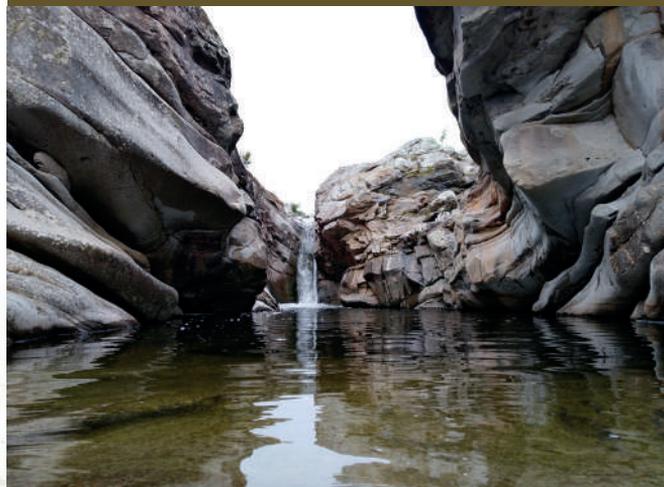
Entre todos hacen del río algo más fuerte y ayudan a que llegue a Robres con brío suficiente para saltar una pequeña cascada esculpida en la roca de forma natural. Al Gollizo el nieto tenía prohibido acercarse porque era un pozo tan profundo que se había tragado siete muleros de una vez. Un chorro de unos cuatro metros forma un embudo en la piedra y una caldera oscura que no tiene fondo. Así lo contaba el abuelo, y los demás viejos del pueblo asentían muy serios como si hablase de la misma puerta del infierno.

Aquellos cuentos tienen algo de verdad...

Se diría que, después de todo, aquellos cuentos tuvieran algo de cierto porque en verano, cuando toda la corriente puede obstruirse en lo alto del chorro con la palma de una mano, el agua parece quedarse en esa poza y desaparecer allí mismo. Pero dicen los científicos que no, que lo que ocurre es que en cincuenta años toda la cuenca del Ebro ha perdido una quinta parte de su caudal; que apenas nieva en invierno, que llueve menos todo el año, que los veranos son más calurosos, que los picos de sequías y crecidas torrenciales cada vez son más agudos, que, salvo las repoblaciones de pináceas y alguna masa de bosque autóctono y el monte bajo, no hay vegetación fuerte que evite la erosión galopante y, en fin, que lo más probable es que el agujero no haya que buscarlo en el río, una cuenca caliza sin acuífero reseñable, sino en el cielo, en la capa de ozono.



Los dos Gollizos: encrespado durante las crecidas de primavera y tranquilo a principios del verano.





Pero en el cielo, ahora como antes, no se divisa otro señor que el buitre.

—Míralo bien —decía el abuelo haciendo visera con la mano—. En un abrir y cerrar de ojos habrá llegado a la Sala de los Cañizos. A nosotros nos costaría toda la mañana y algún que otro susto.

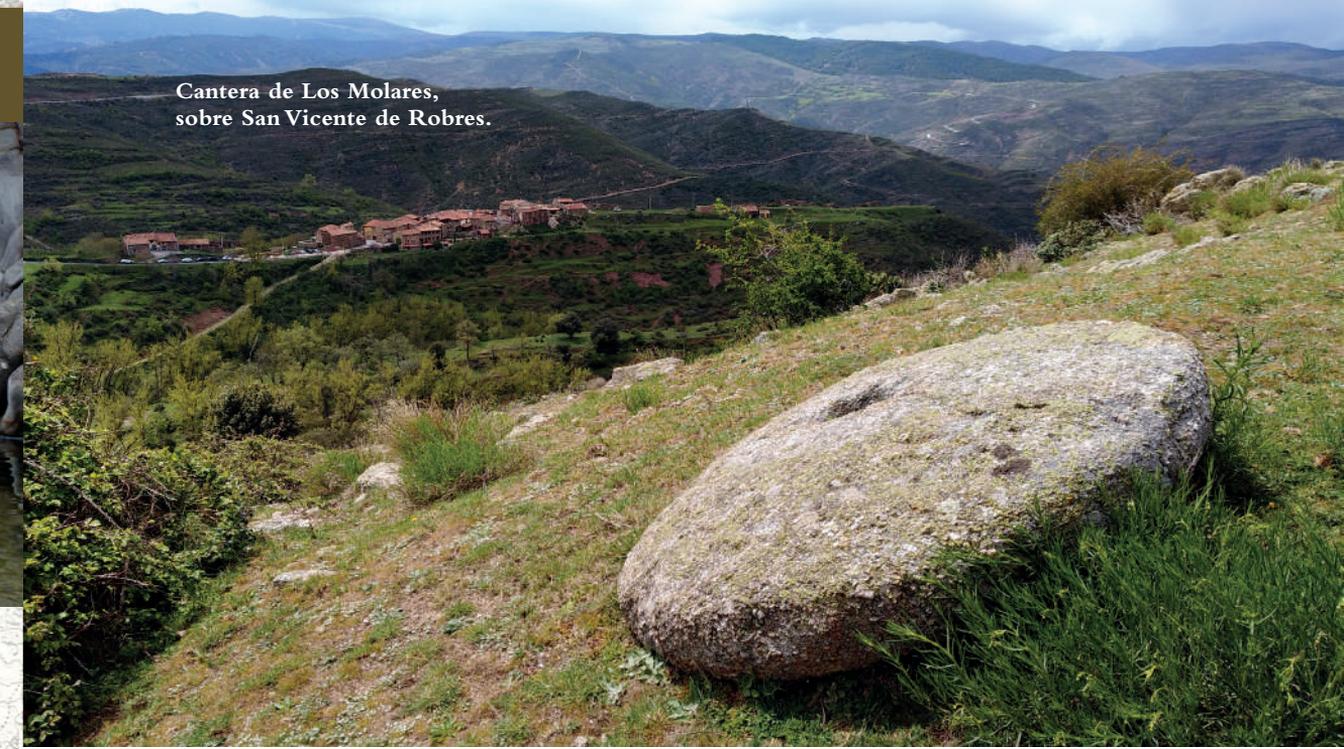
Los Cañizos era otro lugar vedado para los miedicas: una cueva en lo alto con la entrada oculta por un bosque de boj que atraviesa el escarpado espolón de roca del Tejado y se abre a plomo en enorme balcón sobre el río. Una magnífica muestra de la orogenia alpina que elevó las sierras riojanas, del encabalgamiento de calizas que esculpió escarpes imponentes y de la incesante erosión que continúa esculpiendo su abrupta belleza. Las paredes interiores de la sala, en cambio, son suaves como el mármol debido el continuo roce de las alas de esas grandes rupícolas al aproximarse y detener el vuelo sobre sus nidos.

Abajo, en los campos infestados de aulagas y estrepas, lo que abundan son ardachos y culebras; y en el río, el cachuelo o barbo

colirrojo, que ya no queda en otros valles embalsados. El abuelo los llamaba simplemente peces y los pescaba de una forma rudimentaria, a maza, golpeando las rocas como si fuera un picapedrero.

La abuela los freía en la cocina económica y los convertía en un manjar. Y el abuelo, porrón en mano, se animaba entonces a contar cómo practicaban los sanvicenteños el arte de labrar la roca a mazazos en las canteras de los Molares y las Majadillas. Hasta para los arqueólogos es un misterio el origen histórico de estas explotaciones antiguas y su abandono en plena producción. La naturaleza geológica que hizo del lugar un enclave especial para la fabricación de piedras de molino es su naturaleza granítica, la preciosa cuarcita que recorre las laderas oeste y sur del Tejado. Pero, aunque resulte difícil de creer a la vista de las impresionantes piezas que quedan en el monte, el abuelo le contaba al nieto que los antiguos las tallaban con un par de mazazos y las bajaban a vender de pueblo en pueblo haciéndolas rodar ladera abajo como quien juega al aro con un palo.

**Cantera de Los Molares,
sobre San Vicente de Robres.**





los campos legendarios. Río abajo hay otras mil historias reales y cuentos para volver a ser contados al calor de la lumbre.

Río abajo el Jubera se abre por fin al valle y recibe las aguas de los barrancos de Santa Engracia y Bahún, que llaman río Salado desde Lagunilla... Atrás quedan Santa Marina y los Agriones, Santa Cecilia y Zenzano, Reinales, Bucesta y El Collado, San Martín y San Bartolomé... Atrás quedan la sierra y el pasado. Río abajo el Jubera pasa ya domesticado por Ventas Blancas camino por último de Murillo. Y allí, bajo la Covacha y entre frescas choperas, se entrega definitivamente al Leza.

El abuelo apenas salió de su tierra porque sus raíces eran profundas. Pero una vez estuvo en la playa y creyó que todo cuanto se llevó el tiempo no se perdería completamente si alguien recordaba su ejemplo de amor por la tierra. Y que su río iba por dentro. Y vio que era verdad, que el agua era libre de veras y que también la del Jubera había llegado hasta el mar.

[+ Info]

ELÍAS PASTOR, L. V., *Leyendas riojanas*. Everest, León, 1990, pp. 66 y 67.

ELÍAS PASTOR, L.V., *Los trabajos y los días. Tierra de Cameros*, documental RTVE, 1991.

REINARES MARTÍNEZ, E., *Las Alpujarras y los Cameros. Vida e historia en la montaña riojana*, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, Logroño, 2002, p. 98.

PASCUAL MAYORAL, P. y GARCÍA RUIZ, P., "Canteras y tecnología molinar en el río Jubera (la Rioja)", *Revista Murciana de Antropología* 7, 2001, pp. 237-266.

PASCUAL MAYORAL, P. y GARCÍA RUIZ, P., *Aportación a la arqueología tardoantigua en La Rioja. La iglesia-monasterio de San Andrés de Jubera*, 2002.

CARLOS ZALDÍVAR (biólogo de la Comunidad Autónoma de La Rioja), entrevista personal.

GREGORIO GALILEA BARRIO, informante de 'Molinos en el valle del río Jubera'.

